



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VLERD.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castilln Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Castro don Adolfo de.—Escalante don Amable.—Franquelo doé Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don Joso Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofrin y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salvochea don Fermin.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico —Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

LA CASA DE VECINDAD.

Sabido es, y creo escusado añadir nada á lo que de buena tinta se sabe, que el *mundo es malo*, no por que le haya salido de adentro como vulgarmente suele decirse, sino porque la sociedad lo ha enseñado tan mal, que ni él olvida sus mañas antiguas, ni la sociedad puede corregirlo, dado caso que la sociedad se tome el trabajo de corregir lo que no tiene enmienda: pues bien, una casa de vecindad es peor que el mundo.

En este saco de contradicciones que se llama mundo, media generacion humana murmura de la otra media, y ambas se quieren tanto, que andan constante-

mente buscando pretextos para saciar la sed de sangre que las devora.

Si no ecsistiesen tantos vicios, la humana gente, que piensa mucho, aunque de tanto pensar resulte uno que piense bien, hubiera inventado otras cosas peores que los vicios, y nos entenderíamos menos.

La vida es una cruz muy pesada por mas señas, la mujer es el Sirineo que nos ayuda á llevar la carga, el matrimonio es el Monte Calvario, el suegro es el Judío que nos enclava, la suegra el Júdas que nos vende, el primito y la primita de la mujer, el bueno y el mal ladron; de manera, que el hombre al abandonar los límites de la juventud, es un nuevo Jesucristo, y cuando se casa lo crucifican.

Cuando veo á un hombre que se enamora de una mujer coqueta, que se hace escritor público en este siglo protector y partidario de las letras de cambio, digo: este hombre es un infeliz, pero tiene aun la dicha de no vivir en una casa de vecindad.

En este pícaro mundo hay mas sufrimientos que goces, y la mayor fortuna que el pobre puede apetecer, es la de pasar desde la cuna al sepulcro; el tránsito es corto, vale mas este pequeño paseo, que pasar por el desengaño, y sobre todo, muriendo, se evita vivir en una casa de vecindad.

Una casa de vecindad es un mundo pequeño, que deja en pañales al laberinto de Creta. El que penetra en una casa de vecindad en un día de asonada, en que los vecinos se incomodan y gritan, jalean y se arremeten, puede decir que ha estado en la famosa torre de Babel, precisamente el mismo día que se confundieron las lenguas.

El mundo pequeño que se llama casa de vecindad, rara vez se pone en estado de sitio, él está siempre en el mismo sitio, allí no hay gabinetes, todos son cuartos, el casero es el presidente, los parientes del casero son los que viven por cuenta de los vecinos: cuando toma la casa de vecindad el aspecto de anarquía, hay cambio de casero y la crisis no hace allí papel; el casero cobra, manda á los demás vecinos y habita dos aposento *gratis*, es claro; como que cobra y manda: ¡válgame Dios! hasta en las casas de vecindad hay despotismo!

He dicho que una casa de vecindad es un mundo pequeño y ahora verán ustedes las razones en que me fundo: la realidad nos roba los ensueños que nos presta la ilusion con las ganancias del desengaño; porque este mundo tiene algo de *Monte de Piedad*, y un vecino, gran maestro en la ciencia de Caco, (ignoro si este caballerito fué hombre científico,) le roba á usted el producto de su trabajo, porque el vecino no trabaja, cree que el robo es una virtud; y tiene para él que un ladrón es un hombre de bien.

Si le preguntan ustedes al tal vecino, el por qué roba, contestará, que conoce las aventuras de *Diego Corrientes*, y por eso roba, porque él es muy GENEROSO, y tambien quiere socorrer á los pobres con el dinero de los ricos, fundándose en que es una vileza que otros tengan dinero, cuando él no tiene un cuarto.

Entre paréntesis.

Nunca he podido comprender la generosidad de *Diego Corrientes*, verdad es que tampoco comprendo que quiere decir: *Drama sentimental andaluz*.

He visto á el pueblo aplaudir desaforadamente las escenas de esa farsa detestable y patibularia.

Prefiero mil veces mejor al género de *Comellas*, que esos *dramones* que han dado en llamar género andaluz.

Los bandidos roban el dinero y los autores de esos héroes de trabuco y cuchillo, roban las sanas creen-

cias de un pueblo que saborea ese manjar de difícil digestion.

Vaya una manera de comprender la mision del teatro.

Vuelvo, pues, á lo de la casa de vecindad. Una casa de vecindad tiene sobre poco mas ó menos, treinta habitaciones, altas y bajas, es lo que se llama una jaula de loro habitada por los eslabones sueltos de la cadena social. Generalmente en esas casas no se llora, se rie, el sentimiento en esos sitios está de paso, la mayor parte de los que viven en esa jaula, han sufrido mucho y tienen secas las fuentes del llanto.

Una casa de vecindad es la caricatura del mundo. En un miserable aposento se escuchan los desenfrenados gritos de una orjía y en otra se oyen los débiles gemidos de un ser próximo á entregar su alma al Criador.

Yo tuve un amigo, (la palabra amigo la cita el diccionario de la lengua, por gala) muy virtuoso y de excelente corazon, murió de hambre porque no sabia adular, si hubiera adulado, si se hubiese hecho periodista de quita y pon, se hubiese calumniado á reputaciones bien adquiridas, si hubiese sido un cobarde ó un servilón, el pobre Julio, que así se llamaba, ni se hubiera muerto de hambre, ni hubiera vivido en una casa de vecindad, ni hubiera sido uno de los ejemplares á la rústica de los que viven en ese batiburrillo epigramático.

Julio, huérfano y triste, huía de sus semejantes porque tenia talento para comprenderlos, se alejaba de sus amigos temiéndole á la ingratitud, no quiso amar por temor al desengaño, no llamaba al placer porque no le respondiera el martirio, y si alguna vez lo hizo se quejaba amargamente diciendo: que lo habian engañado llamando placer á lo que era dolor; decía que la esperanza era un juguete que entretenía al corazon: huyendo del mundo, se refugió en una casa de vecindad, y en ella cayó enfermo y espiró con la inocencia de una virgen y la resignacion de un mártir.

Como no creyó en el amor, no tuvo mujer que deseara que espirase, para derramar lágrimas de alegría, pero tuvo una mano amiga que cerrara sus párpados y un alma que sintiera su muerte.

Hasta el supremo instante en que el hombre invoca la clemencia de Dios y olvida á los hombres y á las cosas terrenales, estuve á su lado.

Es la única vez que he penetrado en una casa de vecindad.

SANCHO PANZA.

AGITACION DE AMOR.

Fugáz huyó el día; la luna en Oriente
ya trémula brilla con tibio fulgor,
y al cenit se eleva, serena y riente,
El aura suspira, murmura la fuente
quejidos de amor.

¡Cuán bella te muestras, oh noche de estío!
las brisas mas puras concédete el mar,
y placidas llegan al bético rio
cargadas de aromas y blando rocío
mi mente á inspirar.

¡Oh selvas umbrosas! ¡Oh gratas riberas,
que en llanto inundara de acerbo dolor!
Vosotras tan solo, que sois compañeras
del alma aflijida, las tristes quimeras
sabreis de mi amor.

Venid, áuras puras, de amores tesoro,
mis tiernos cantares á Elmira llevad:
decid á la ingrata que siempre la adoro
y en blando murmullo, festivo, sonoro
su sueño arrullad.

Decidme que solo por ella respiro,
que eterna su imagen grabada está en mí;
y luego, áuras leves, si allá en su retiro
exhala del alma profundo suspiro,
traedlo hasta aquí.

Mas ¡ay! que felices vivís sin dolores
y en vez de moveros mi amargo pesar,
seguís dulcemente vagando entre flores
que de ellas tan solo los castos amores
os place escuchar.

Gozad, dulces áuras, gozad, flores bellas,
en tanto que lloro su injusto desden;
vivid contemplando las claras estrellas,
y nunca mi llanto, mis tristes querellas,
pesares os den.

Gozad: mas si acaso ¡oh flores sencillas,
la veis de vosotras vagando en redor,
decidla cual peno por estas orillas,
y ved si se bañan sus blancas mejillas
en llanto de amor.

Así en noche serena,
cuando el áura entre flores se adormía,
del Bétis en la orilla solitaria
de un amante se oyó triste plegaria,
que el eco por las selvas repetía.

JOSE LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla 1864.

FELICIDAD CONYUGAL.

Segun vá demostrando la práctica no debería mediar otra cláusula para el matrimonio que la indicada por la sana razon; aquella que guardase consonancia con el estómago de los contrayentes: porque si analizamos las consecuencias del sistema presente matrimonial, tropezaremos con mil inconvenientes que no tan solo afectan á la moral, sino que desgraciadamente provocan y dan por resultado escenas, que suelen concluir en tragedia. Prescindamos del cálculo, de la ignorancia, ó de la obcecación que neutralmente presiden ó forman la generalidad de los matrimonios; hagamos abstracción completa de tantas y tan despreciables circunstancias como se aglomeran, limitándonos á una sola; circunstancia que pasa desapercibida largo tiempo; y esta es la ilimitación del compromiso, que debe durar tanto como el pellejo; pues por santa que sea la señora mujer, y beato el hombre, ¿cómo no ha de llegar un día de hastío en que renieguen de tanta felicidad? y sinó, que alimenten constantemente con trufas y con faisanes, no digo al moro mas mahometano, ó al cristiano mas católico, sino que tambien al gastrónomo

mas superlativo, y concluirán todos en coro prescindiendo de religiones, por maldecir los faisanes y las trufas. Las únicas á quienes les importa un bledo el sistema actual (ú otro peor si lo hubiera) es á aquellas que consideran el matrimonio como una carrera, y al marido como un editor responsable: aquellas que olvidando la epístola de S. Pablo, apenas pronunciando el voto fatal, que libremente traducido á la verdad quiere decir «te pillé,» arrojan la máscara con que encubrian, unas, sus defectillos, otras, sus defectazos; mostrándose desnudas en cuerpo y en alma, resultando la mejor, dominadora, caprichosa, coqueta y....

Si fuéramos á enumerar uno por uno los resabios con que despues se tropiezan, seria cuento de nunca acabar.

No frunzais despechadas el entrecejo, lectoras mías; deponed el enojo que tan mal sienta á las que sois bellas; y decid sin pasión si invento ó calumnio: convencidas estais de mi veracidad... y luego, ¡es tan grande el mundo!...

No penseis que santifico al feo sexo, comprendo su arbitrario egoismo, la brutalidad de algunos de sus miembros, y en varias ocasiones protesté contra sus abusos; pero hoy os toca á vosotras el oír verdades de á folio, ¿qué remedio? pronunciaos contra mi escrito, apostrofadme, decid que soy un necio, sin pizca de talento; haced aun más; retiradme vuestro cariño, sin el cual mi existencia languidece, se marchita; pero no por eso escaparéis sin escuchar mi juicio.

¡Oh! ¡el matrimonio! vá de retro, Satanás. Si me dieran á escoger entre tan santa felicidad ó el cólera morbo, sin titubear ocupaba la cama.

Cuán pocos son los maridos que aconsejan el matrimonio; únicamente aquellos que, mal intencionados desean hidrófobos, la estinción del género humano: los demás murmuran al oído de la futura víctima.

—Amigo mio, ¿usted sabe lo que va á hacer?

—Casarme.

El cariño que le profeso á usted me obliga á aconsejarle que rompa, (pero en seguida) esas relaciones.

—Cómo? acaso usted sospecha... sabría...

—Tan no sé nada que ignoro hasta con quien vá V. á suicidarse, pero... se lo dice á usted un casado.

—Me llena usted de duda... y necesito...

—Sí, lo comprendo... necesita usted salvarse... para ello no le queda otro recurso que la fuga ó el suicidio.

—Lo que necesito son esplicaciones.

—¿Que esplicaciones quiere usted, hombre de Dios, si desconoce que el matrimonio es la perdición, la ruina, el... la... los...

—Advierto á usted que esa señorita...

—Será una santa Teresa; no diré lo contrario, pero la mejor, ni engarzada en brillantes, la admito. Y eso que mi mujer... es un ángel... (escapado del infierno, añade por lo bajo.

—Isabel es linda.

—Y mi mujer.

—Tiene talento.

—Tambien mi mujer.

—Es honrada.

—Como mi mujer.

Al hacer esta concesión, la saliba no pasa la garganta; y el corazón late, se abrasa...

Convencido de que me aparto del objeto de mi artículo, proporcionándome por añadidura profusión de maldiciones, por no poder obsequiarme con unas pulgadas de hierro, cambio de metro y empiezo por lo serio mi articu-

lo sin acordarme de lo demás, por considerarlo suficiente para prólogo ó introducción.

Quiso la malditísima estrella de un infortunado subalterno, que fuera destinado á Ubeda para comprar potros; el hombre era de pelo en pecho y hecho el resto, por aquello de que Dios los junta y ellos se crían. Eso de traer los potros al Regimiento y venir de vacío por su parte, lo encontraba hasta irracional; así que á última hora concluyó de resolverse y á ojo, sin reconocimiento de albéitar ni otras formalidades indispensables en la caballería, cargó con una jaca de mistó; y mas satisfecho que Napoleon, despues de la batalla de Austerlitz, emprendió la marcha.

La tal jaca era una morena oscura mas ardiente que las arenas del desierto; con unos ojos y un génio, que no se puede afirmar cual de las dos cosas era mas negra. Poca estatura tenia la nena, pero en cambio muchos brios; y un talle tan fino, y unas uñas tan largas, que hasta sus caricias iban acompañadas de arañazos. Es verdad que mi hombre tampoco era muy factioso, que digamos; flaco, macilento, poco amigo de conversacion, pero con unas manos de á metro y la temperatura, gemela con la de su consorte; pudiendo decirse sin embustería que ni Tirios ni Troyanos tenían que ver con la parejita andaluza.

Antes de los quince dias concluyeron su luna de miel necesitando intervenir San Benito de Palermo, con toda su potencia para arreglar el cotarro: por supuesto que maldiciendo ella á la milicia y sus cascós; y él jurando contra los potros, y su imbecilidad.

Ya en aquel entonces habitaba en el mismo pueblo que el matrimonio, y como amigo íntimo é inclinado á bromas los dias que devorado por el pícaro spleen ignoraba qué hacer para ahuyentar el fastidio, elegía como único remedio la casa de mi amigo, convencido de distraerme mejor que en el teatro.

Antes de subir la escalera, de llegar á la puerta de la calle, conocía si el hombre estaba en casa, por la zambra y ruido oídos en todo el barrio: el silencio indicaba su ausencia.

Siempre que llamaba á la puerta, el asistente con mucho sigilo me decía en tono lúgubre:

—La señorita tiene un ojo como el puño; ó bien el teniente le ha hundido tres costillas á la teniente—no hubo dia en que dejara de comunicarme alguna catástrofe.

Estando armado el belén, quién penetraba en la sala? era preciso para ello parlamentar: así que, yo enterado por la práctica de la situación, gritaba con toda la fuerza de mis pulmones y repetidas veces.

—¡Eh! alto el fuego... parlamento...

Habiendo silencio, poníame triste conformándome con escuchar las lamentaciones de la teniente Mariquita al referir las agudezas de su tuno marido.

Apenas me veía comenzaba su narracion, por supuesto que en ademan trágico.

—Cuanto me alegra su visita de usted para tener con qué desahogar mi corazón.

—¿Qué ocurre, Mariquita?

—Lo de siempre. Ese bribón que se ha propuesto concluir conmigo.

—Cómo es eso?

—Los dientes me bailan, de un puñetazo que ese animal me ha dado, y todo ¿por qué?

—Pero conociendo su génio, no debía usted ecas-perarlo.

—No necesita el infame que lo ecas-peren... maldita la hora en que me casé para ser tratada peor que una esclava.

—La compadezco á usted.

—A que me tiene en cueros y descalza, pues toda mi ropa la ha empeñado: y cuando me quejo contesta que las mujeres con una pierna rota y en casa.

El mismo dia que dán la paga se la juega: y andamos todo el mes trampeando; y póngale usted mala comida, que alborota como un condenado.

—Ignoraba tan villano proceder.

—Hoy mismo decía con mucha desfachatéz que Dios habia criado el caballo, el perro y la mujer, para distraccion del hombre.

—Buena filosofía.

—Y por no conformarme con tal suposicion, mire usted como me ha puesto.

Aquí llegaba de su narracion mi teniente, cuando entró el hombre sin dirigir los buenos dias á su dolorida y afectada costilla. Con una naturalidad envidiable tomó asiento al braséro, hecho un par de firmitas, y restregándose las manos, gritó:

—Juan, la comida.

Mariquita, que segun mi cálculo se habia aclimatado á la boruca buscando las insinuaciones digitas con empeño, le hace el duo, pero con sorna gritando tambien.

—Juan, tire usted todo, antes quo se impaciente el señor.

—Soy el amo.

—Pues hijo mio, los amos cuidan de que nada falte en su casa, y lo que es tú... hermosote.

—Soy el amo y hago lo que quiero.... y no faltando á mi individuo, los demás que se ahorquen.

—Como que eres el Rey.

—Cabalito.

—Rey tú?... de la basura.

—Por eso soy tu Rey, porque eres basura.

—Tú, Rey mio! Quiá... si apuestas á cuadra.

Yo que veía la nube, que me encontraba en medio y conocía aproximarse el huracán, dirigía visuales buscando en donde guarecerme.

—Déjame en paz, Mariquita y no busques que te despunte un hueso.

—Lengua... si has comido mucho rancho.

—Señores, prudencia.

—Qué prudencia ni qué calabazas, usted no lo conoce, es muy valiente mi marido; una fiera... con las mujeres.

—Si me levanto, doy un paseo militar por encima de tu alma.

—No se lo decía á usted? como que le dieron la cruz por un paseo que dió sobre una mujer.

Las indirectas de la niña eran de esas que ván de rechas al higado, que hieren al hombre mas flemático.

Mi teniente, aun dueño de sí, comenzó á silvar una marcha.

—Jesus! qué miedo... ya toca marcha.

—El dia menos pensado amanecemos, tú degollada, y yo con un cuchillo en la mano.

—De veras, chino? y [qué bonito cuadro: quisiera verlo para reirme... pero quiá!... eres muy blanco, ni con un gato te atreves.

Fué tan rápida la contestacion, que no pude interponer mi influjo... y despues mucho menos por impedir-melo la risa.

AMABLE ESCALANTE.

(Continuara.)

Á LA SEÑORITA D.^A SOFÍA D. Y M.

Las letras de tu nombre
quiero explicarte
para que te conozcas
parte por parte.
Estáme atenta
y avisame, si acaso
pierdo la cuenta.

Significa la S
que eres sencilla,
sencilla hasta un extremo
que maravilla.
Que el cielo quiso
dotarte como á un ángel
del paraíso.

Dá á entender la O que sigue
que eres honesta;
de tus mil cualidades
¡qué hermosa es esta!
Eres mi encanto;
niña honesta y sencilla,
¡te quiero tanto!

La F dice que eres
á más de fina,
faro que á dulce puerto
siempre encamina.
¡Rico tesoro!
fina, sencilla, honesta,
¡cuánto te adoro!

De la I se deduce
que hidalga eres,
quizá la mas hidalga
de las mujeres.
Honestá y fina,
tu persona es el astro
que me ilumina.

La A dice que eres
alta, arrogante,
amable, atenta, amiga,
alba y amante.
Mas nombres faltan;
pero todos al verte
todos resaltan.

Eres dulce esperanza
del alma mia,
por ti muero viviendo
cara **SOFÍA**
sencilla, honesta,
fina, hidalga, arrogante,
¿que más te resta?

JOSÉ GARCÍA Y BARRACA.

Sevilla 1864.

UNA NOVELA AL VAPOR.

II.

Quisiera trasladar aquí, dar una forma gráfica á los movimientos que se hicieron para realizar aquel trueque; mas no hay caracteres, no hay signos que puedan traducir fielmente las operaciones del espíritu. Contentémonos pues, con saber que hacía el fin

de la cena, los dos jóvenes se amaban como dos tórtolas y se comprendían como dos andaluces.

Pero simultáneamente una sombra de tristeza anuló aquellas frentes que brillaban con el resplandor de la felicidad.

—Vamos á separarnos!—dijo Clara: se entiende con los ojos.

—Es verdad:—respondió tristemente Eduardo.

Y dos suspiros se exalaron por entre cuatro labios.

Eduardo.—Qué harémos? Te seguiré....

Clara.—Imposible! sería notable.

Eduardo.—Adónde te diriges?

Clara se encontró embarazada al querer contestar á esta pregunta. Los ojos, con toda su elocuencia no saben pronunciar mas que los pronombres demostrativos *yo, tu, ese, aquel* y sus plurales; mas no pueden articular un nombre propio de lugar, á no ser que esté á la vista. Sin embargo, Clara dirigió su mirada hácia el Norte. Pero hay tantos pueblos en esa dirección!...

D. Iñigo interrumpió bruscamente aquel diálogo anunciando que era ya hora de acostarse.

Doña Alfonsa que hacia tiempo trasteaba en su memoria procurando encontrar en ella la Oda de La-Fontaine á *los salmones vivos*, no quiso acostarse tan pronto y se dirigió á los frondosos alcornoques que rodeaban la venta, elevando los ojos al cielo, y admirando la donosa ocurrencia de suponer á la luna, enamorada de un pastor.

Los dos amantes se apartaron con disgusto, dirigiéndose la última mirada que encerraba un poema en dos cantos, que traducidos al lenguaje comun, podían estractarse del modo siguiente:

CANTO I.

Él.—¡Qué bárbaros son los hombres en haber rodeado de tantas trabas al amor, un sentimiento tan legítimo!

CANTO II.

Ella.—¡Ah! porqué no ha de ser él un palomo y yo una paloma! ¿quién podría contener nuestro vuelo? En seguida se besaron con los ojos, comidilla que no necesita plato, cuchara ni tenedor, y que puede saborearse aun en la visita de mas cumplimiento.

A la mañana siguiente, los viajeros siguieron sus opuestos destinos y las lágrimas de la ausencia, humedecieron dos pares de ojos que durante dos brevísimas horas se habían contemplado con ternura.

La campana de la estación del camino de hierro de Jerez á Sevilla anunciaba la hora de marchar.

Los pasajeros ocupan presurosamente sus coches. Eduardo entraba en uno de primera, cuando volvió la cara á unos gritos y carcajadas que partían de los curiosos y de un anciano que jadeante acababa de llegar á la estación y gritaba:

—Señores, ¡por Dios! detenerse ó soy perdido. Por la Santísima vírg....

Eduardo no oyó mas: el agudo silbido de la máquina, dominó las risas y los lamentos: el tren volaba ya por la línea férrea. Al entrar Eduardo en el coche quedó petrificado.

Iba á lanzar un grito de sorpresa; pero una mi-

rada conocida, de un poderío irresistible, le hizo enmudecer.

No había mas que dos personas en el coche: una joven de lindísima figura y un apuesto caballero, también joven, sentado junto á ella.

La mirada que desconcertó á Eduardo salió de los ojos de aquella mujer que un año antes habia visto en la venta del Agua del Quejigo: la virgen de sus ensueños, la pesadilla de su romántico corazón.

Mas por qué lo ha mirado así? porqué lo mandaba callar? quién era aquel hombre?

Aquel hombre tenia una fisonomía dulce, simpática: hablaba á la joven con familiaridad.

—Vas bien angel mio?

—Sí.

—Nos detendremos en Lebrija.

—Como gustes.

Ah! es su marido—pensaba Eduardo.—Se ha casado: ¡qué perfidia!—¡perfidia! porqué? Se habia ella acaso comprometido conmigo? Nos habíamos dicho siquiera una palabra de amor?—Sí: mis ojos se habian declarado: los suyos me habian dicho:—«Te amo» me habian ofrecido un amor eterno. Sus ojos, intérpretes de su corazón, habian mentido, ó era una perjurá.

Durante este monólogo, el joven seguia mirando cariñosamente á su linda compañera; la arreglaba el manton de abrigo, jugaba con el cordón de su traje de bata.

Eduardo se enrojecia hasta la frente, ó se ponía pálido como un cadáver.

Clara se compadecía seguramente de su estado, porque comenzó á jugar nuevamente la telegrafía de sus ojos como un año antes en la venta.

Eran sus ojos tan espresivos, tenían un lenguaje tan esplicito, que se comprendian tan fácilmente como la palabra.

—Estás sufriendo mucho—dijo á Eduardo con una mirada de compasión—pero respeta mi estado. Hay secretos en la historia de mi vida que no me es permitido revelarte en este momento.

(Continuará.)

VINCENZO BELLINI.

REVISTA DE SUS OBRAS.

(CONCLUSION.)

Siguiendo nuestra revista, hallamos el *Pirata*, obra no menos digna de atención que las dos que hemos analizado, aunque no encontramos todavía en ella tan profundamente desarrollado como en las ya citadas, ese sello característico de Bellini, ese sentimiento que hace de sus obras una especialidad en el arte. En la *Straniera* es donde inició Bellini su propia escuela llevada á su apogeo mas adelante en *Sonámbula*, *Beatrice*, *Norma* y *Puritani*; en ella inauguró, digamoslo así, esos cantos sencillos é inimitables impregnados de la mas profunda melancolía y que eran sin duda alguna la espresion de la ternura ideal que inundaba su alma.

La introducción del *Pirata* es una pieza admirable y de mucho efecto; la imitación de la tempestad es perfecta, y la agitación que reina en los personajes de la es-

cena, está espresada con sumo acierto. A esta ópera pertenece la tan celebrada *aria* de tenor «*Nell' furor delle tempeste*»; el canto es lindísimo y resalta mas por la sencillez del acompañamiento que le ha puesto.

El *duetto* de tenor y tiple del primer acto es una pieza perfectamente trabajada y de mucho gusto; resaltan en ella melodías ora tiernas, ora graves: los acompañamientos son buenos y vigorosos, por mas que algunos digan que Bellini es pobre en la armonía. Dicen, señalándolo como un defecto, que sus acompañamientos son siempre sumamente sencillos, porque no se cuidaba mas que de la melodía: aun cuando así fuera no debian tachárselo, si recordaran el fecundo pensamiento de un gran escritor, de que *la melodía, y no la armonía, es la que atraviesa triunfalmente los siglos*. Sus acompañamientos son sencillos cuando la acción y el canto lo requieren, como en el *aria* del *Pirata*; sus obras prueban claramente que no era tan escaso en conocimientos armónicos.

El final del primer acto de la ópera que nos ocupa es una de las mejores piezas concertantes de Bellini; los cantos son muy espresivos, el pensamiento está diestramente desarrollado, la marcha de las partes es admirable y la instrumentación corresponde al resto. En el último acto casi todas las piezas son de notar por sus bellezas, como el *duetto* de tiple y barítono, y el *terzetto* que sigue y el *aria* de tiple del delirio, en que tan diestramente ha desarrollado sus sentimientos el autor.

En *I montechi ed i Capuletti* son de notar la *cavatina* de Romeo del primer acto, pieza sublime realizada con las tintas mas suaves de la melancolía, el *duo* de tiple y contralto y el final del primer acto. El *duetto* del segundo *Stolto, un sol mio grido*, es una pieza admirable, tanto por el canto que lleva la orquesta como por la melodía. Entre el *andante* y el *allegro* hay nno de esos trozos inimitables, de esas melodías propias de Bellini, de esos rasgos que revelan el verdadero génio. Hablamos del coro que se canta mientras pasa el entierro de Julieta, de esa melodía grave al par que sencilla que conmueve los ánimos y afecta al espectador: es una de las muchas situaciones en que Bellini se hace dueño del público. Son de notar en medio de aquel lúgubre canto las frases sueltas de Romeo, que también espresan su amor y su desesperación. El final de la ópera es patético, pero inferior al del maestro Vacaj en su ópera *Julieta y Romeo*.

La *Straniera* y *Beatrice di Tenda* son otras dos obras maestras de Bellini. No nos detendremos en su análisis por no estender demasiado este artículo, y ya hemos dicho además que en todas se encuentran innumerables bellezas, y en todas está el autor á la altura de su bien merecido renombre.

La postrera obra de este génio inmortal es *Los Puritanos*, el canto del cisne, su última palabra, el último perfume de la flor. Pocos meses despues dejó de existir á los treinta y dos años de edad. Una coincidencia notable tuvo lugar para la ejecución de esta ópera; se habian escrito para el Teatro Italiano de París tres obras, una de ellas el *Marino Falliero* de Donizzeti, lo cual dió lugar á un concurso musical del que salió Bellini triunfante, pues su ópera fué la escogida por el comité. Parece que el mundo presentía su muerte y se apresuraba á recoger los últimos lamentos de aquel ángel que pronto debia, terminada su peregrinación, volver al cielo. Todo cuanto quedaba en su alma, de grande, de sublime, de apasionado, lo encontramos en esta obra, cuyas bellezas son infinitas y entre las que resaltan el magnífico *cuarteto* del primer acto, *La Polaca*, y el *duo* de bajo y bari-

tono del segundo, melodía arrebatadora que mas de una vez ha hecho lanzar á los pueblos oprimidos el grito santo de libertad.

Bellini ha sido el creador de una escuela; la del sentimiento. Poeta de corazón, al escribir sus inspiraciones solo queria que fuese eco de sus sentimientos, espejo de su alma; por eso se le puede aplicar la frase de Mr. Scudo «*canta porque llora, llora porque sufre.*» Dotado de un corazón lleno de amor y de melancolía, se dedicó al género patético y en él ha descollado sin rival, porque la pureza, la ternura que resaltan en sus melodías, han sido imitadas en vano por otros autores: Bellini es único en su género.

Las siete brillantes perlas de su corona artística le han conquistado una página gloriosa en la historia musical, una fama dignísima é imperecedera. Su nombre es pronunciado con veneración y respeto por todos los artistas, y sus obras son las delicias de los amantes del arte. Hace algunos años que duerme el sueño de la muerte y todavía sus obras recorren la Europa produciendo siempre el mismo entusiasmo y arrancando justos aplausos.

Bellini no necesita nuestros elogios: las lágrimas que arrancan sus melodías son prueba evidente de su genio; séanos lícito, sin embargo, á nosotros entusiastas por el arte á que consagramos nuestra vida, tributar un homenaje de admiración al ilustre compositor y unir nuestros aplausos á los del mundo civilizado.

ISIDORO HERNANDEZ.

FE DE VIDA DE TOME CECIAL.

No creas amigo Sancho, guiándote por el epígrafe de estas líneas, que trato de enviarte una certificación de oficio, dada por el cura de la parroquia y firmada por el alcalde del barrio; que aun tales alcaldes hay en esta ciudad del desgobierno, apesar de haberse suprimido por la ley. La fé de vida está en estos mismos renglones: pues bien comprenderá tu despejado meollo, que habiendo yo muerto y descendido á la tumba, no pudiera escribirlos. Pero dirás: han pasado muchos dias: hé sufrido la friolera de dos denuncias, y en tanto tiempo y con circunstancias tales, mi compadre Tomé no ha dicho esta boca es mia; ni aun para dirigirme una palabra de consuelo.

¡Ay Sancho! y qué poco sirven las palabras cuando los hechos vienen á estrellarse contra nosotros con la terrible fuerza de un acreedor-casero! Mas si por largo plazo no te he escrito, no por eso te he olvidado y si no te he procurado consolar de las denuncias, he seguido paso á paso su marcha ante los tribunales, hasta verte sano y salvo de todo riesgo. ¡Que no hubieras oido las brillantes defensas de nuestro amigo Meneses! Y cuenta que por estar la justicia tan de tu parte, la prueba era difícil; ¿quién se mete á demostrar que dos y dos son cuatro? Esas verdades se dicen, y no se discuten. Mas en tanto que el orador hablaba con pico cerrado, murmuraba mentalmente con pleno conocimiento:

Te miran como á enemigo?
Es por que hablaste verdades;
Si digeses necedades,
No se metieran contigo.

Esto es ciertísimo: para gozar de una paz octaviana, ninguna receta se ha descubierto, ni se descubrirá como ser tonto. Así se evitan mil disgustos. *Beatus ille qui stultum est.*

Los periódicos satíricos á estos y mayores perances se hallan sugetos; y refiriéndome solo á Sevilla, dígalos el famoso *Galgo Negro*, víctima de acerbos enemistades: dígalos *El Mangon*, que solo vió dos veces la luz pública, y tantos otros chistosos cofrades ya difuntos. Ahora, con el presente año, se ha lanzado á la calle *el tío Clarín*, hombre de chispa, que apesar de la temprana muerte de sus compañeros se propone vivir lo menos un año. Ostenta picantes caricaturas y no vulgar ingenio. Te aconsejo trabes amistad con él, á fuer de buen compañero.

Dichas estas cosas, justo será hablarte de lo que por aquí pasa. Tú eres filarmónico, Sancho, y aun recuerdo que tu afición á la música te valió un buen por qué sobre las espaldas cuando con inimitable propiedad rebuznaste en cierta ocasión de infausta memoria. ¡Oh, si la misma suerte tuvieran cuantos tal hacen! Pues bien, alégrate, Sanchico, alégrate, malogrado Rossini, ya que hoy la música tiene aquí escuela, como tambien la declamación y el canto. A mediados del presente mes se inauguraron las clases, y ya numerosos alumnos se apresuran á recibir artística enseñanza. Para el sosten del nuevo Instituto, el Ayuntamiento contribuye con 50,000 rs. anuales, la Diputación Provincial con la misma suma, y el Gobierno.... ¡oh! el Sr. Gobierno se ha negado á dar un céntimo, pues tiene que arreglarse á una severa economía, y no puede emplear ninguna parte de sus fondos en cosas vanas, supérfluas y de ningún interés. ¿Qué vale un establecimiento donde se proporciona educación artística á centenares de individuos, ilustrando su inteligencia y haciéndolos útiles á sí mismos y á su patria?

Pero hé aquí lo que son las cosas! En medio de tal aparato de fuerza, con tanto agente de policía, con tan enormes sumas dedicadas á la seguridad pública, los ladrones nos acometen y roban de noche, al oscurecer y en pleno día. No pasa uno solo sin que los diarios traigan relaciones de sucesos, que nunca ó al menos, muy de tarde en tarde debieran tener lugar en un pueblo civilizado. Para evitar ataques, sean nocturnos ó diurnos, anda de mano en mano una receta, de que te remito copia por si la necesitas, y tambien por que te agradará; como á mí, su sencillo y familiar estilo. Es como sigue: «Tomarás un puñal buido, largo de tres palmos: un sable, una *tiñosa* de las del santolío: colgarás de tu cintura un revólver y de tus hombros un trabuco: colocarás en tu bolsillo hilas, bálsamo y vendages, por si te hieren; y así dispuesto y preparado, podrás salir á la calle, no sin hacer antes la señal de la cruz, y dejar tu dinero bajo llave. Si ves que se te acerca alguien, fuego en él, y cuando haya caído, te acercas con el puñal en la izquierda y el sable en la derecha, por si se levanta: si está muerto, le preguntas quien es y que se le ofrecia. Con observar estos preceptos y volver á casa antes de las diez es probable que no logren robarte.» Conserva la receta.

Como un día vá tras otro, y cada mes en pos de su antecedente, ha llegado el punto, y hora en que un nuevo disfraz encubra á tanto ciudadano y ciudadana:

(que viene el fiscal! borra esas dos palabras). Los salones de Oriente, Recreo, Iberia y Suizo, abren sus puertas solemnemente: previos, los oportunos: avisos hechos en papeles de cuantos colores tiene el arco Iris. A esos locales, animados por la música, las luces reflejadas en anchos espejos, y las guirnalda de flores, formando innumerables arcos y entrelazándose de columna en columna. Acuden en tropel centenares de individuos, cuyos mas notables tipos pueden reducirse á cuatro clases.

1.º Los indiferentes que van solo por ir, gastan su dinero, pasan malas noches, sufren bromas pesadas y dicen que se divierten. Estos llevan la desventaja de presentarse con la cara descubierta; que es, como si digéramos, pelear sin armas.

2.º Los Tenorios, ó galanes de oficio, que suelen conquistar fortalezas aportilladas en tiempos de Fernando VII, virtudes pretéritas y ninfas del honor perturbado.

3.º Las busconas, provistas de cuatro estómagos como los rumiantes, y de una caja de dientes, capaces de dar envidia á un cocodrilo. Para ellas no hay jamon duro en el ambigú, ni dulces pasados, ni malos vinos. Todo es excelente; que á caballo regalado no se le mira el pelo. Estas dicen á sus mandíbulas, cuando os vereis en otra!

4.º Las mamás contrahechas; no porque sean deformes; sino porque contrahacen ó falsifican los cuidados y vigilancia de verdaderas madres para dar así á sus pimpollos el incentivo de lo prohibido. A cada paso esclaman: «¡ay, como nunca he venido á estos bailes!... si mi difunto intendente levantara la cabeza!.. y comen mas que sus hijas, que es cuanto se puede ponderar.

Con tales elementos, caro Sancho, no tengo para que decirte lo que son dichos bailes: tú lo has visto en un tiempo y yo tambien: los conocemos, y nos contentamos con decir: á otro perro con el hueso.

El teatro, por su parte, se propone tambien recrearnos, divertirnos, aunque para ello ha tomado mal sendero. Ahora propende por la magia, que es cosa muy apropiada para divertir chiquillos. Sin embargo, como los hombres son chiquillos grandes, se divierten á las mil maravillas viendo á una muger transformarse en culebra (¡cual no se habrá transformado alguna vez!) á una cama en una mesa, y á una mesa en ramillete, con otras metamorfosis, que ni las soñara el mismo narigudo Ovidio. ¡Cuánta profusion para disponer tan risibles espectáculos! Y qué miserable economía cuando se trata de un drama excelente, ó de una clásica tragedia! Este es el mundo: todos los dias vemos que á los profesores, á hombres de ciencia, encargados de educar la juventud, se les regatea un mezquino honorario; mientras se pagan á peso de oro las piruetas de una bailarina, ó las suertes de un torero.

No quiero seguir, amigo Panza, porque al pensar en ciertos puntos, la boca se me pone amarga y diria cosas mas amargas todavía; hoy que está prohibido el hablar con claridad, llamando al pan, pan: y al vino vino, mi lenguaje no dejaria de ser apellidado perturbador, subversivo etc. etc. y hasta revolucionario, palabra que para cierta gentualla es una misna.

Vale: te saluda cordialmente, deseándote abun-

dante cosecha de suscripciones, tu compadre y paisano
TOMÉ CECIAL.

Sevilla 24 Enero.

MESA REVUELTA.

FÁBULAS.

Prometió el empresario, con desvelo cantantes ajustar *primo cartello*,
¡Mas lo que son las cosas de este mundo!
No los quiso encontrar ni aun de segundo;
pues los que trajo aquí con tales fueros
ni son *primos segundos*, ni *terceros*.
Sin duda comprendió que ciertas gentes,
se llevan siempre mal siendo parientes.

La Pontí con su mímica, de artista grande fama á su nombre reconquista;
al cantar un andante, con ahinco mostrándonos la mano, dice—*Cinco*—
y al cantar un allegro, de una vez mostrándonos las dos, nos dice—*Diez*.—
En lugar de cantarle óperas clásicas,
al público le enseña matemáticas.

Al cantar un andante Derivís,
se le fué un calderon por la nariz.
El echar por la boca los pulmones,
ocasiona en el canto imperfecciones.

En el próximo número insertaremos la revista de teatros, con el "Juicio crítico de la ópera de Donizetti, *Poliutto*" que no damos hoy apesar de estar en nuestro poder por sobra de material, y diremos tambien el resultado que obtenga la señora Penco la noche de su beneficio.

Esperad y lograreis.

En nuestro número anterior, aparecen en la composicion del Sr. Campillo, titulada *Al Mar*, las erratas siguientes:

dice... *que* al tocar en las playas españolas,
léase.. *y* al tocar en las playas españolas,
dice... parece que amenaza *y* que murmura.
léase.. parece que amenaza *ó* que murmura.
dice... cuando violento el aquilon *la* oprime,
léase.. cuando violento el aquilon *le* oprime,
dice... y en el sus alas perfumadas moja,
léase.. y en el sus alas perfumadas moja.
dice... en la estension de tu cristal profundo,
léase.. en la estension de tu cristal profundo.
dice... debajo de tus rápidas corrientes;
léase.. debajo de tus rápidas corrientes,
dice... seple la llama de la vida: entonces
léase.. sope la llama de la vida: entonces
dice... tempanos yertos y abrazadas palmas.
léase.. témpanos yertos y abrazadas palmas.
dice... Tal en acorde triste y lastimero,
léase.. Tal, en acorde triste y lastimero,
dice... y antiguo Homero, palidos venian
léase.. y antiguo Homero, pálidos venian

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, á cargo del mismo,
calle de San Miguel, número 18.